Todo en ti permanece

No se puede amar el presente mirando solo al pasado



Laura Bellini

Todo en ti permanece

No se puede amar el presente mirando solo al pasado

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904725

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El hombre que recordaba demasiado.....10
Capítulo 2 - Las condiciones de la cercanía..... 20
Capítulo 3 - La luz que no se puede planificar 34
Capítulo 4 - Fuera de cuadro..... 45
Capítulo 5 - El derecho a marcar mi propio ritmo..... 59
Capítulo 6 - El permiso para dar un paso más..... 70
Capítulo 7 - La mujer que ya no era un recuerdo 80
Capítulo 8 - En su mundo 90
Capítulo 9 - El precio de una decisión compartida..... 101
Capítulo 10 - Esto ya no es una casualidad 115
Capítulo 11 - Entre la cercanía y la vida cotidiana.....129
Capítulo 12 - La imagen que no elegí 140
Capítulo 13 - Cuando los planes dejan de encajar 150
Capítulo 14 - Lo que no nos habíamos dicho 160
Capítulo 15 - No soy tu recuerdo.....171
Capítulo 16 - El lugar que nadie puede ocupar por otro.....184
Capítulo 17 - La vida que no se puede dejar para después 195
Capítulo 18 - El primer gesto sin promesas 205
Capítulo 19 - No se empieza de nuevo, se empieza de otra manera 215
Capítulo 20 - Todo lo que permanece..... 227

INTRO

El taller olía a arcilla húmeda, café y polvo, ese que se depositaba en las estanterías a pesar de la limpieza diaria. Me gustaba aquel olor. No era agradable de una manera evidente, no recordaba a un perfume ni a un pastel recién salido del horno. Era el olor de las cosas que habían pasado por las manos de alguien y permanecían en su sitio. Aquella mañana necesitaba especialmente sentir que, al menos, una parte de mi mundo dependía de mí.

Sobre la mesa había una baldosa con un fragmento de ornamentación modernista. Una rama de color cobalto atravesaba el fondo crema y, al final, faltaba una pequeña hoja. Completarla requería paciencia, no talento. A veces se sobrevaloraba el talento. La paciencia, en cambio, permitía distinguir entre la propia ambición y lo que realmente necesitaba un objeto. Llevaba tres días trabajando en aquella pieza y pensaba terminarla antes del viernes. Después enviaría la documentación a la comisión encargada de conceder las ayudas para poner en marcha un pequeño taller educativo en el local contiguo. Ya no quería pasarme toda la vida trabajando únicamente a puerta cerrada. Quería enseñar a la gente a mirar las cosas antes de darlas por perdidas.

La solicitud estaba lista. Solo me faltaban las fotografías y el presupuesto. Sobre el alféizar descansaba una carpeta con los documentos, junto a unas muestras de esmaltes y una cinta métrica que llevaba una semana guardando en el bolsillo del delantal. Mi plan tenía unos límites razonables: nada de aceptar nuevos encargos durante dos meses, nada de hacer promesas por dejarme llevar por el entusiasmo de

otra persona y nada de salvar los plazos ajenos a costa de los míos. Tenía cuarenta y ocho años y experiencia suficiente para saber que la independencia no aparece por sí sola. Hay que protegerla en las pequeñas decisiones de cada día.

El teléfono vibró sobre una estantería. Miré la pantalla esperando encontrar un mensaje de la propietaria del local. En lugar de eso, vi el nombre de Marta, la coordinadora de un proyecto del que habíamos hablado la semana anterior. Dejé el pincel casi por instinto. Todavía no sabía que una sola conversación podía desplazar todas las cosas que había sobre la mesa sin que ninguna llegara a moverse.

—Elwira, ¿tienes un momento? -preguntó Marta cuando contesté.

—Si es un momento, sí. Si es media jornada, no.

Se rio brevemente. Me conocía lo suficiente como para no interpretar aquello como una descortesía.

—Es por el álbum. La fundación ha confirmado la financiación. Quieren que empecemos a trabajar el mes que viene.

Aparté la carpeta para hacer sitio a la taza. El álbum contaría la historia de personas que todavía se dedicaban a los oficios artesanales en pequeños talleres junto al Vístula. Era una buena idea, incluso necesaria. Había aceptado inicialmente mantener una conversación porque Marta me había prometido que no sería otra publicación llena de fotografías de manos acompañadas de textos nostálgicos sobre tradiciones en peligro de desaparecer. Quería mostrar a los artesanos contemporáneos, sus decisiones, sus errores, sus facturas, su cansancio y su orgullo. También había aceptado porque nunca había sabido rechazar del

todo los proyectos que podían contribuir a mejorar algo. Era uno de mis rasgos menos prácticos.

—Muy bien -dije-. Pero te recuerdo que como máximo puedo dedicarle dos días a la semana.

—Lo sé. Y precisamente por eso te llamo ahora, antes de que todo siga adelante. Ya tenemos fotógrafo.

Mis dedos se detuvieron en el borde de la carpeta.

—¿Quién?

Al otro lado se hizo un breve silencio. No fue teatral, sino más bien el silencio de alguien que está decidiendo si es mejor decir la verdad directamente o preparar primero el terreno.

—Jacek Wilga.

Aquel apellido no debería haber significado nada más que el nombre de un hombre elegido para realizar un trabajo. Durante años había aprendido a separar los nombres de los recuerdos. A veces lo conseguía. Esta vez bastaron dos sílabas para que regresara la imagen de una tarde de verano de hacía treinta años: una mesa cubierta de tazas, una ventana abierta, la luz extendiéndose por la pared y un hombre joven que me miraba como si ya conociera la respuesta a una pregunta que yo todavía no había formulado.

No me moví. Al otro lado de la ventana pasó un ciclista y el sonido de su timbre resultó de lo más cotidiano, casi insolente.

—¿Lo conoces? -preguntó Marta.

—Lo conocía.

—¿Puede ser un problema?

Miré la baldosa. La rama de color cobalto terminaba justo donde faltaba la pequeña hoja. No había nada dramático en ello. La pérdida tenía una forma concreta y yo sabía cómo completarla. Con las personas era más complicado, sobre todo cuando recordaban a alguien de una época en la que ni siquiera esa persona sabía todavía en quién quería convertirse.

—No lo sé -respondí con sinceridad-. ¿Cuáles son las condiciones?

Marta empezó a enumerarlas: el calendario, las reuniones, las sesiones en los talleres, las autorizaciones de publicación y el anticipo para los participantes. La escuchaba mientras tomaba notas en el reverso de una copia del presupuesto. El dinero del álbum no era imprescindible para poner en marcha mi nuevo taller, pero podía cubrir parte del equipamiento. Más importante aún era que la publicación llegaría a bibliotecas y escuelas de arte. Quería que alguien viera en la artesanía algo más que nostalgia: un trabajo que exigía conocimientos y decisiones todos los días.

—Hay otra cosa -añadió Marta-. Jacek conoce tu trabajo desde hace mucho tiempo. Me dijo que le importa especialmente que estés en el álbum.

Sentí irritación antes incluso de encontrar las palabras para definirla. No era porque quisiera incluirme en el libro. Lo que no me gustaba era que su deseo se presentara como un argumento, como si conocernos de hacía tantos años le diera derecho a decidir lo que yo necesitaba ahora.

—Mi trabajo puede aparecer en el álbum -dije-. Pero seré yo quien decida qué cuento sobre él.

—Por supuesto. Nadie pretende imponerte nada.

—Entonces será bueno empezar por ese principio.

Marta me aseguró que se lo transmitiría a Jacek. No pregunté si él ya sabía que yo había aceptado. No quería que sonara como si hubiera dado mi consentimiento para encontrarme con él. Había aceptado considerar el proyecto, y aquello no era lo mismo. Acordamos una fecha para la reunión organizativa de la semana siguiente y terminamos la llamada.

Durante unos instantes permanecí inmóvil, con el teléfono en la mano. Después lo dejé boca abajo, como si así pudiera silenciar no solo el aparato, sino también la memoria. No sentía tristeza. La tristeza habría sido una palabra demasiado sencilla para algo que hacía mucho tiempo había dejado de ser una sola emoción. Había curiosidad, una que no quería reconocer, y cautela mezclada con rabia. También había una pregunta: si el hombre que una vez había sabido interpretar mis silencios sería capaz de escuchar ahora mis palabras.

Regresé a la baldosa. Apliqué una fina capa de pasta en el lugar de la pieza que faltaba y alisé el borde con una pequeña espátula. No intenté reconstruir la hoja de memoria. Primero observé lo que quedaba, examiné la dirección de la grieta y solo entonces elegí la forma adecuada. Así era como trabajaba: no fingía que el daño nunca hubiera ocurrido, pero tampoco permitía que determinara el destino de todo el objeto.

Sobre el alféizar seguía el plano del nuevo taller. Lo acerqué, anoté junto al presupuesto el precio de una lámpara adicional y marqué con un círculo la fecha límite para enviar los documentos. Mi propósito no había desaparecido solo porque un apellido del pasado hubiera vuelto a aparecer cerca de él. Seguía queriendo abrir las puertas del local contiguo, colocar las mesas y mostrar a

otras personas que reparar algo no tenía por qué significar devolverlo a su forma anterior.

Y, sin embargo, cuando volví a mirar el teléfono, pensé en Jacek no como en el fotógrafo elegido para el álbum, sino como en el hombre que iba a verme después de treinta años.

¿Sería capaz de encontrarse con la mujer que yo era ahora o vendría buscando la imagen que había conservado en su memoria?

Capítulo 1 - El hombre que recordaba demasiado

Jacek Wilga apareció en mi taller siete minutos antes de la hora acordada.

Lo sabía porque miré instintivamente el reloj cuando escuché la campanilla sobre la puerta. No necesitaba levantar la cabeza para reconocer la manera en que había entrado. Antes tenía la costumbre de detenerse en el umbral, como si quisiera comprobar primero si el lugar aceptaría su presencia. Ahora había hecho exactamente lo mismo. Permaneció inmóvil durante unos segundos y después cerró la puerta a su espalda.

—Buenos días, Elwira.

Dejé el pincel sobre el soporte de cerámica.

—Buenos días, Jacek.

Me había preparado para aquel encuentro, pero no había previsto lo normales que sonarían nuestros nombres. Treinta años atrás los pronunciábamos de otra manera. Entonces una sola palabra podía prolongar una velada, y un saludo corriente no era el comienzo de una conversación, sino la promesa de que volveríamos a vernos. Ahora nos separaban la mesa de trabajo, varias estanterías llenas de cerámica y toda una colección de cosas que no pensaba explicar a la primera oportunidad.

Jacek se quitó el abrigo. Tenía cincuenta y dos años, algunas hebras grises en las sienes y un rostro en el que el paso del tiempo había dejado marcas más visibles que en el mío. No intentaba ocultarlas. Era delgado, se movía con tranquilidad y sus manos seguían pareciendo las de alguien

acostumbrado a manejar una cámara. Dedos largos, uñas cortas, un pequeño callo en el pulgar de la mano derecha. Lo recordaba. No quería recordarlo, pero lo recordaba.

—No ha cambiado nada -dijo mientras miraba alrededor del taller.

—No es verdad. Han cambiado las herramientas, el equipamiento, la instalación eléctrica y la mitad de los muebles.

—Me refería a la luz.

Miré la ventana alta que daba a una calle lateral. A través de los cristales entraba la pálida luz del sol de noviembre. En efecto, la iluminación se parecía a la de hacía tantos años, pero no pensaba ayudarlo a desarrollar aquella idea.

—La luz cambia varias veces al día -respondí-. Esa es una de sus ventajas.

Sonrió ligeramente. No parecía ofendido. Más bien daba la impresión de alguien que había aceptado el primer comentario y había decidido comprobar si el siguiente sería igual de certero.

—Sigues sin dejar que tu interlocutor gane fácilmente.

—No sabía que habíamos venido a competir.

—¿No hemos venido a eso?

—Tú has venido a hablar del álbum. Yo he venido a trabajar. Propongo que los dos recordemos el objetivo de esta reunión.

Jacek asintió y dejó sobre la mesa su bolsa de fotografía de cuero. No la abrió inmediatamente. Primero sacó un cuaderno, varias páginas impresas y una carpeta fina con documentos. Se sentó frente a mí, dejando suficiente espacio entre nosotros para no invadir mi zona de trabajo.

—Marta me ha enviado tus observaciones -dijo-. Dos días a la semana, ninguna fotografía sin acuerdo previo y aprobación completa del texto relacionado con tu trabajo.

—Son condiciones básicas, no privilegios especiales.

—Estoy de acuerdo. Solo me gustaría añadir una cosa.

Apoyé los antebrazos sobre la mesa.

—Te escucho.

—No quiero hacer otro álbum con retratos de personas de pie junto a sus herramientas, mirando directamente al objetivo. Me interesa el proceso. Lo que ocurre entre el comienzo del trabajo y el momento en que el objeto está terminado.

—Entonces estamos de acuerdo. No me gustan las fotografías posadas.

—Lo recuerdo.

Aquella única palabra quedó suspendida entre nosotros con una familiaridad que nadie había invitado.

—Hay muchas cosas que se pueden recordar -dije-. No todas resultan útiles.

Durante un momento me observó con mayor atención. Después abrió el cuaderno.

—Me gustaría ver cómo trabajas. No solo los objetos terminados. También los que están en proceso de restauración, con partes perdidas, grietas y marcas de reparaciones anteriores.

—Siempre que sus propietarios den su consentimiento.

—Por supuesto.

—Y que no toques nada sin preguntar.

—No soy tan descuidado como crees.

—No he dicho que lo seas.

—Pero lo has pensado.

No respondí. En lugar de hacerlo, deslicé hacia él una hoja con el calendario provisional del proyecto.

—El álbum debe mostrar la artesanía contemporánea. No una exposición de objetos acompañados de un pie de foto que diga que antiguamente la gente sabía hacer cosas a mano. Quiero que haya espacio para las decisiones, las técnicas, los costes de los materiales y los problemas que no siempre tienen solución. El taller no es un museo. Y yo tampoco soy una pieza de exposición.

Jacek miró la hoja.

—No tengo intención de convertirte en una pieza de exposición.

—Bien.

—Aunque reconozco que tienes un talento especial para colocar a tu interlocutor en el lado correcto de la mesa.

—Es una mesa de trabajo. Aquí cada uno tiene su sitio.

Pasó un dedo por el calendario y se detuvo en el capítulo previsto para la conservación de la cerámica.

—Me gustaría que tu trabajo fuera uno de los puntos centrales del álbum.

—¿Por qué?

—Porque tu trabajo muestra muy bien que la artesanía no consiste únicamente en crear cosas nuevas.

—Eso suena razonable.

—Además, siempre has tenido paciencia con los objetos que los demás consideraban perdidos.

No me gustó que pudiera combinar con tanta facilidad una observación profesional con nuestro conocimiento personal. Por otro lado, era difícil negarle la razón. Trabajaba con cerámica porque me interesaba lo que podía salvarse sin fingir que nunca había sucedido nada. No todas las pérdidas podían completarse. No todas las reparaciones debían ocultarse. A veces, la solución más honesta consistía precisamente en dejar visible la huella.

—Quiero que las fotografías muestren también los métodos actuales -dije-. No solo las técnicas tradicionales que nos enseñaron al principio.

—Podemos hacerlo.

—Y no quiero pies de foto del tipo «el antiguo arte en manos de una maestra». No soy una maestra salida de un cuento popular.

—Entonces, ¿quién eres?

La pregunta fue formulada con tranquilidad, pero durante un instante no encontré una respuesta que no sonara como una frase preparada para mi página web.

—Conservadora de cerámica. Dirijo mi propio taller y tengo intención de ampliarlo.

—Conozco tus planes de ampliación.

—¿De dónde?

—Marta me lo comentó.

—Entonces también sabes que es importante para mí.

—Lo sé.

Cerró el cuaderno. Durante un breve instante nos miramos sin prisa. Tuve la impresión de que intentaba reconocer qué quedaba de la mujer que había conocido. No

había nada extraordinario en ello. Yo estaba haciendo exactamente lo mismo, aunque procuraba no admitirlo ni siquiera ante mí misma.

—He traído algo -dijo finalmente.

Abrió la bolsa y sacó una cámara. Era más pequeña de lo que esperaba, profesional, pero sin un objetivo exageradamente grande. Después metió la mano en un bolsillo lateral y extrajo un sobre plano.

—Esto no forma parte del proyecto -explicó-. Pensé que quizá te gustaría verlo.

No lo cogí.

—¿Qué es?

—Una fotografía.

—¿De qué?

—De Kazimierz. De los talleres en los que nos conocimos.

Durante unos instantes miré el sobre como si pudiera contener algo mucho más complicado que una fotografía. Recordaba aquel verano, aunque algunos fragmentos se habían desdibujado con el tiempo. Hacía calor, el taller olía a arcilla recién cocida y yo tenía dieciocho años y estaba convencida de que el mundo podía organizarse siguiendo un proyecto propio. Jacek era entonces un joven fotógrafo que había llegado para documentar los talleres. Tenía veintidós años y no se separaba de su cámara ni siquiera durante los descansos.

—¿Las has conservado? -pregunté.

—Algunas.

—No lo sabía.

—No se las había enseñado a nadie.

No respondí inmediatamente. Al final cogí el sobre y saqué la copia fotográfica.

En la imagen estaba sentada junto al torno de alfarero. Llevaba el pelo recogido de cualquier manera, las mangas remangadas y una mancha de arcilla en la mejilla. No miraba al objetivo. Estaba concentrada en el recipiente cuyo borde acababa de empezar a alisar. Recordaba aquel día, aunque no recordaba el instante exacto en que se había tomado la fotografía.

Era joven, pero no parecía alguien que estuviera esperando la aprobación de otra persona. Tenía una tarea propia, un mundo propio y la expresión de quien está convencido de que todo es posible si encuentra la herramienta adecuada.

—Es una buena fotografía -dije.

—Siempre lo he pensado.

Le di la vuelta. En el reverso aparecía una fecha.

—¿Por qué me la enseñas?

—Porque pensé que quizá te gustaría tenerla.

—¿Y tú?

—Tengo un escaneo.

—Eso no es una respuesta.

Durante un momento pareció que iba a decir algo, pero finalmente se encogió de hombros.

—No necesito dos ejemplares.

Dejé la fotografía sobre la mesa, sin volver a guardarla en el sobre.

—Gracias. Pensaré si quiero conservarla.

No intentó convencerme. Aquello sí me sorprendió. Antes era capaz de argumentar con tanto entusiasmo que uno acababa dudando de si alguna vez había tenido una opinión propia.

Pasamos a los asuntos concretos. Hablamos del número de sesiones, de la forma de archivar el material y del calendario de entrevistas con los demás participantes. Jacek propuso realizar la primera sesión en mi taller antes de que terminara el mes. Me negué y le expliqué que no iba a posponer los trabajos que ya tenía programados solo porque la fundación quisiera acelerar la publicación. Propuse otra fecha.

La aceptó sin discutir.

—Entonces empezaremos con la documentación de tu trabajo actual -dijo-. Sin retratos.

—Es un comienzo razonable.

—Y después ya veremos.

—No me gustan las ambigüedades en los contratos.

—No estoy hablando del contrato.

Levanté la mirada.

—Entonces, ¿de qué estás hablando?

—De cómo trabajaremos juntos.

Su voz era tranquila, pero en su mirada apareció algo que no podía confundir con un simple interés profesional. No era insistente. Más bien parecía cauteloso, como si él mismo estuviera comprobando si tenía derecho a dejar un pequeño espacio personal entre nosotros.

—Ya veremos -respondí.

Recogió los documentos y los guardó en la bolsa. Cuando se levantó, advertí que la fotografía seguía sobre la mesa. No se la llevó. Tampoco preguntó si podía dejarla allí.

—Me ha alegrado verte -dijo.

—Esto no es más que el comienzo de nuestra colaboración.

—No me refería al proyecto.

No quise responder a aquella frase. En su lugar, me acerqué a la puerta y la abrí para que saliera.

—Nos vemos la semana que viene.

—Hasta entonces, Elwira.

Esta vez no se detuvo en el umbral. Salió y yo cerré la puerta. Durante un momento escuché cómo sus pasos se alejaban. Solo después regresé a la mesa.

La fotografía estaba junto a mis notas. La levanté y volví a mirar a la muchacha sentada frente al torno. No me recordaba a alguien a quien tuviera que recuperar. Simplemente formaba parte de mí, igual que la mujer que hoy dirigía un taller, pagaba facturas y hacía planes para los años siguientes.

Metí la fotografía en el sobre y la guardé en el cajón donde conservaba los documentos.

No tenía intención de tirar el pasado. Tampoco pensaba permitir que otra persona eligiera qué fragmentos de él debían contar mi historia.

Aquella tarde, cuando estaba terminando el trabajo en la baldosa, Marta me llamó. Quería saber si el primer encuentro había ido bien.

—Profesionalmente -respondí.

—¿Eso qué significa?

—Que hemos acordado una fecha y el alcance del trabajo.

—Elwira.

—Marta.

Suspiró.

—De acuerdo. No voy a preguntar.

—Gracias.

—Pero tengo que decirte que Jacek estaba contento.

—¿Con qué?

—Con que hayas aceptado.

Miré el cajón en el que había guardado la fotografía.

—Me alegro. Yo estoy contenta de que hayamos conseguido establecer unas reglas.

Después de la conversación volví al trabajo. Durante la siguiente media hora no pensé en Jacek. Al menos eso me repetía.

Cuando apagué la luz, ya sabía que el siguiente encuentro sería más difícil. No porque no supiera hablar con él. Al contrario. Conocía su manera de expresarse, sus pausas y esa sonrisa que aparecía en los momentos menos oportunos. Sabía cuándo estaba bromeando y cuándo realmente quería algo.

El problema era que no sabía si todavía era capaz de distinguir al hombre que había conocido del que conservaba en mis recuerdos.

Capítulo 2 - Las condiciones de la cercanía

A la mañana siguiente, Jacek me llamó.

No esperaba recibir noticias suyas tan pronto. Estaba preparando el puesto de trabajo para restaurar un pequeño cuenco cuando la pantalla se iluminó con su nombre. Durante unos segundos me pregunté si debía contestar inmediatamente o esperar hasta terminar de medir los componentes de la pasta de relleno. Elegí la segunda opción. No pensaba interrumpir mi trabajo solo porque hubiera llamado un hombre con el que, en otro tiempo, había compartido mi vida.

Le devolví la llamada quince minutos después.

—Buenos días -dijo.

—Buenos días. ¿Ha pasado algo?

—No. Quería preguntarte si tendrías tiempo hoy para hablar.

—Ayer estuvimos hablando durante casi dos horas.

—Ayer hablamos del álbum.

—¿Y hoy?

—De algunos detalles que no tuvimos tiempo de concretar. También podemos revisar los materiales de los participantes del proyecto.

—Todavía no tenemos toda la documentación.

—Lo sé. Solo quería saber si podríamos encontrarnos fuera del taller. Sin un reloj sobre nuestras cabezas y sin tus herramientas entre nosotros.

Aquella última frase sonó demasiado despreocupada como para que pudiera fingir que no la había oído.

—Las herramientas no me molestan.

—Ya me lo imaginaba.

—Tengo tiempo después de las tres. Pero no para pasarme el día entero.

—Una hora será suficiente.

—Ya veremos.

Acordamos encontrarnos en una pequeña cafetería cerca de la plaza del mercado. La conocía bien. A veces iba allí después de hacer compras, aunque con más frecuencia pedía el café para llevar. No quería elegir un lugar que sugiriera algo más de lo que estaba dispuesta a ofrecer. Por otro lado, tampoco pensaba fingir que reunirme con una antigua pareja era lo mismo que asistir a una reunión ordinaria del equipo del proyecto.

Durante el resto de la mañana trabajé sin mayores dificultades. Solo cuando me quité el delantal antes de salir me di cuenta de que había elegido una camisa que no me ponía desde hacía varias semanas. Era azul marino, sencilla y me sentaba bien en los hombros. No tenía nada de especial. No pensaba cambiarme de ropa por Jacek. Simplemente no quería ir a la cafetería con una prenda cubierta de restos de arcilla y productos de conservación.

Me repetí aquello mientras cerraba el taller.

Jacek ya estaba esperando. Se encontraba sentado en una mesa junto a la ventana y delante de él había una taza de espresso. Llevaba un jersey oscuro y una camisa con el botón superior desabrochado. No parecía alguien que se hubiera preparado especialmente para el encuentro, pero

advertí que se había afeitado con más cuidado que el día anterior. Cuando me vio, se levantó.

—Puntual -dijo.

—Tú también.

—Parece un buen comienzo.

—Yo no sacaría conclusiones todavía.

Sonrió y apartó la silla para que pudiera sentarme. El gesto fue natural, sin una cortesía exagerada. Me acomodé, dejé el bolso a mi lado y pedí un té. Jacek me ofreció pedir algo de comer, pero rechacé la propuesta. No tenía hambre.

—Ayer no nos dio tiempo a concretar algunos asuntos -empezó cuando la camarera se alejó-. Me gustaría que tuviéramos una distribución clara de las responsabilidades.

—De acuerdo. Yo me encargo de la parte técnica relacionada con la conservación y del contacto con las personas que acepten prestarnos sus objetos. Tú te ocupas de la fotografía, la selección del material y la preparación de una propuesta de maquetación.

—De acuerdo.

—Los textos los aprobamos juntos, pero cualquier información sobre mi trabajo debes consultármela antes de publicarla.

—No tengo ningún problema con eso.

—Y no me fotografías sin avisarme previamente.

Jacek levantó la mirada de su cuaderno.

—¿Ni siquiera si en ese momento estás haciendo algo interesante?

—Especialmente entonces.

—Entendido.

—No quiero descubrir después que aparezco en una fotografía que ni siquiera he visto.

—Es justo.

Tomó algunas notas. Me di cuenta de que no intentaba negociar ninguna de las condiciones. Quizá esperaba que fuera más tajante. O quizá realmente había aceptado que, después de treinta años, tenía derecho a establecer mis límites sin necesidad de justificar cada uno de ellos.

—¿Y qué hacemos con la conversación sobre ti? - preguntó.

—¿En qué sentido?

—En el álbum. No podemos describir tu trabajo únicamente a través de la técnica. También necesitamos tu historia.

—No quiero una autobiografía.

—No te estoy proponiendo una autobiografía. Me gustaría saber cómo has llegado hasta donde estás.

—Es una historia bastante larga.

—Tenemos varias semanas.

—Y no pienso contarlo todo.

—No tienes por qué hacerlo.

Lo observé. Me sostuvo la mirada con tranquilidad. No había impaciencia en su expresión. En realidad, la serenidad de Jacek siempre había sido capaz de desarmarme. No se trataba de una falta de emociones. Tenía muchas más de las que mostraba, pero no obligaba a los demás a reaccionar inmediatamente ante ellas. Sabía escuchar cuando realmente quería conocer una respuesta. El problema era

que, a veces, daba por sentado demasiado pronto que ya la conocía.

—Empecé a trabajar con la cerámica porque me interesaba saber cuánto tiempo podía conservar un objeto las huellas de la persona que lo había creado -dije-. Después descubrí que me interesaba todavía más lo que se podía hacer cuando el objeto sufría algún daño. No se trata de devolverle un aspecto perfecto. Se trata de que pueda seguir existiendo y de que la reparación sea honesta.

—¿Por eso no te gusta ocultar los añadidos?

—Exactamente. No siempre es posible reconstruir el fragmento original. Si inventamos algo para sustituirlo, debemos ser capaces de mostrarlo.

—Es una buena regla.

—No siempre resulta fácil para los clientes.

—A veces la gente prefiere creer que no ha ocurrido nada.

—¿Y tú?

Me miró por encima de la taza.

—Yo prefiero saber lo que ha ocurrido.

—¿De verdad?

No respondió inmediatamente. Colocó la taza sobre el platillo y apoyó las manos en la mesa.

—No siempre he sabido hacerlo.

En aquella frase había algo más que una observación profesional. Sin embargo, no tenía intención de arrancarle una confesión que él no había ofrecido.

—Todos pasamos por épocas así -dije.

—¿Tú también?